



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13261

## PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península: Un mes, 3 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

LUNES 29 DE ENERO DE 1906

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

# INAUGURACION OFICIAL DEL DESAGÜE

Ayer se verificó el acto importantísimo de ser inaugurado el desagüe de la zona minera del Llano del Beal. A él asistimos, y declaramos con toda ingenuidad que fue el día de ayer para nosotros día grande, de esos que forman época y siempre se recuerdan con gusto, porque va unida a ellas el recuerdo de una esperanza llevada a términos de reanización.

No somos de los que, sin más antecedentes que la penetración de que la cosa inaugurada es buena, sienten en el alma generoso entusiasmo y se entregan al batir rabioso de las palmas. Eso es bueno, muy noble, digno de patriotas; mas si se contrasta ese entusiasmo con el que experimenta quien asistió a la muerte temporal—juzgan doía definitiva—de las minas del Llano y se arrastró por sus estrechas galerías y vió á los mineros luchando bravamente con las aguas hasta quedar vencidos y hurtado el fruto de su rudo trabajo, el entusiasmo de ese quien tiene indudablemente más valor.

Nosotros hemos visto eso. Por razones profesionales hemos asistido á esas luchas cada una de las cuales constituye un drama doloroso con desenlace fatalísimo: la cesión del terreno disputado al elemento líquido, que libre al fin de la resistencia que encontraba, se extendía cubriendo el fiñón, robándolo al minero y haciéndolo pasar de las satisfacciones de una mediana holgura á la desesperación que engendra la miseria.

Los que no han visto eso ni conocen el rudo trabajo de las minas ni pueden apreciar el peligro constante en que vive el minero, ni las temeridades en que incurre para arrancar los trozos de galena cuyo brillo le atrae como á la mariposa la traidora flama, no pueden apreciar tampoco, en toda su grandeza, cuánto valor tienen los tres chorros de agua que la corriente eléctrica lan-

zada desde este barrio de San Antonio Abad, expulsa del subsuelo del Llano haciéndoles correr á plena luz.

Si en alguna ocasión se abrió el pecho a la esperanza bajo la impresión de un intento de desagüe se desvaneció como el humo, porque todo intento resultó fracaso, al que contribuyeron dos factores a cual más poderosos: lo limitado del esfuerzo, cosa en verdad no remediable, y el egoísmo de los que aspiran en todo momento—y sin sacrificio por su parte—á obtener del ageno trabajo el propio beneficio.

Ante esos ejemplos, ¿quién había de pensar que llegara un instante en que todos pensarán lo mismo? Nadie; la riqueza del Llano estaba perdida para siempre, sin esperanza de que hubiera un Lázaro que le ordenara levantarse y difundirse.

Mas hé aqui que de pronto surge una iniciativa y una voluntad que la recoge y dándole forma, vida y movimiento, ayer proclamó oficialmente que lo que no había podido ser antes es ahora por la ciencia, por el trabajo, por la cooperación; y no dijo que por su voluntad porque no estaba bien que él lo dijera; pero lo dijo otro y se le aplaudió el dicho.

## EN LA ESTACION

Fijaban las invitaciones como punto de cita la estación del tranvia, de donde debía salir un tren expreso á las nueve y media conduciendo á los invitados.

Media hora antes ya estábamos allí. La idea de que íbamos a ver realizada una ilusión que por mucho tiempo la juzgamos muerta, nos tuvo desvelados media noche; y aunque procuramos poner freno a la impaciencia que sentíamos, empleando las horas en varios quehaceres, para matar el tiempo, aun nos sobraron aquellos minutos, tiempo bastante para ir conociendo á nuestros compañeros de viaje.

Eran éstos el Excmo. Sr. Marqués de Pitares, Capitán general del departamento, a quien acompañaba su ayudante el teniente de infantería de Marina D. Antonio Auñón; el senador del Reino D. Justo Aznar; el presidente de la Junta de obras del puerto y senador del Reino también, D. José Maestre, acompañado del secretario de dicha Junta D. Manuel Anton; el diputado D. Juan Lacierva, presidente del Sindicato del desagüe que se iba á inaugurar, a quien acompañaban el síndico de dicho Sindicato D. Julio Suler, los síndicos suplentes D. Estanislao Kolan di y D. Vicente Monmeneu, el secretario administrador D. Antonio Garcia Murviedro y los directores técnicos del desagüe D. Gines Moncada y D. Ricardo Guardiola, ingenieros de minas; los diputados provinciales D. José Lizana y D. Antonio de Lara; el ingeniero jefe de minas de la provincia don Antonio Belmar; el comandante de la fragata alemana «Stosch», surta en nuestro puerto, acompañado del cónsul de dicha nación en esta ciudad; el alcalde presidente de este ayuntamiento D. Luis de Aguirre, con el secretario del mismo D. José Carriño y los concejales D. Salvador Casero, D. Tomás Manzanares, D. Miguel Tobal, D. Camilo de Aguirre, D. Francisco Ruiz Yulera y D. José Oliva; el ingeniero jefe de la Armada D. Alejo Martorell; el director de la Escuela de Capataces de Minas D. Guillermo Lopez; los ingenieros de minas D. Fernando Villasanté y D. Francisco Gisbert; los auxiliares de minas D. Manuel Mas y señor Laucha; el director de la fabrica del gas D. Ramon Laymon; el director gerente de la compañía de tranvias don Joaquin Diaz Zapata; el director de esta sucursal del Banco de España don Luis Benitez; el director del Banco de Cartagena D. Joaquin Payá; el director de la sucursal del Banco de Carta-

gena en Murcia D. José Servet; el administrador delegado de la compañía del ensanche D. Diego Cánovas; don Isidoro de La Cierva; D. Serafin Cervantes, D. Rodolfo Doggio, D. Diego Gilabert, D. José Maria Diaz, D. Francisco Autón, D. Jacinto Codorniu, señor Brugarolas, D. Enrique Seiquer, D. Camilo Calamari, Sr. Enthoven, don José Maria Bolt, D. Luis Ma o de Molina, el director de «El Liberal» de Murcia, D. Mariano Perni; el de «La Tierra» D. José Garcia Vaso; el de «El Porvenir» D. Francisco Martínez; el de «El Mediterráneo» D. Ricardo Garcia; el redactor del mismo periódico D. Francisco Bautista Monserrat; el director de «Las Noticias» D. José Martínez Requena; el redactor de El Eco D. Angel Barba y otros muchos señores cuyos nombres no recordamos.

## EN MARCHA

Previos los toques de campana y pitto, anunciando la salida del tren, partió éste, pasando por las estaciones de Alumbres, Esperanza y estación vieja de La Unión sin detenerse en ellas, haciendo alto en la del Mercado, siendo recibido á los acordes de alegre pasodoble ejecutado por la música municipal de la ciudad vecina que se regocijaba por el acto que se iba á celebrar.

El amplio andén de la estación y las inmediaciones del mismo se hallaba ocupado por multitud de obreros, y bien á las claras se veía en sus rostros la satisfacción de que se hallaban poseídos por lo que significaba para ellos aquel tren extraordinario repleto de viajeros que tenían delante.

## MAS VIAJEROS

Una comisión del ayuntamiento de La Unión compuesta del alcalde don Pedro Ros y varios concejales, entre los cuales se encontraba el exalcalde

D. Jacinto Conesa á quien tanto debe la ciudad vecina, se incorpora á los expedicionarios juntamente con otros señores.

Durante el tiempo que el convoy está detenido los viajeros contemplan el hermoso mercado que se está constituyendo á la entrada de la ciudad unionense y leen con extrañeza un anuncio que aparece en la puerta de entrada, mandado colocar allí por el exalcalde mencionado y que dice así:

«En esta ciudad no se juega á los prohibidos».

Rara avis.

## ADELANTE

Cambiados los saludos de rúbrica y acomodados entre los de Cartagena los expedicionarios de La Unión, vuelve á ponerse en marcha el tren entrando de lleno en la zona minera. La expedición se anima. La vista de aquel campo de trabajo en que aparecen tantas chimeneas, de fábricas las unas y de máquinas de extracción y desagüe las otras, da pábulo á preguntas y comentarios. Los que conocen el terreno de antiguo explican á los que lo desconocen lo que aquello era antes de que las aguas invadieran las minas: un bullir permanente de bestias y carros que iban y venían de la mina á las fábricas y á las estaciones llevando mineral ó yendo en su busca. De aquel movimiento no queda casi nada; una parte mínima; algún que otro ejemplar de recua solitaria y algún que otro carro que hace recordar con honda pena aquellos centenares de vehiculos que se amontonaban cuando alguno se atacaba en un bache. Hoy, cuando eso ocurre, se amontonan tres, y para eso es preciso que el ataque dure mucho tiempo.

¿Que eso terminará? Ya estamos en camino de que acabe. Para eso es el desagüe que se va á inaugurar; para que se restablezca el movimiento; para

EUGENIA GRANDET 527

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 526

No parecía verosímil que la señorita Grandet quisiera contraer matrimonio mientras durase el luto; su piedad verdadera era muy oscurada; por eso la familia Cruchot, cuya política era dirigida hábilmente por el anciano abate, se limitó á estar al acecho de la heredera, rodeándola de los cuidados mas cariñosos.

para ella ni poder, ni consuelo; la joven no podía existir sino por el amor, por la religión y por la fe en lo futuro; el amor le explicaba la eternidad; su corazón por una parte, y el evangelio por otra, mostraban á Eugenia dos mundos diferentes, en los cuales debía esperar.

Eugenia se sumergía constantemente en aquellos dos pensamientos infinitos, que acaso para ella no eran más que uno solo, y se concentraba en sí misma, amando mucho y creyéndose muy amada.

Desde hacía siete años, aquel amor de la joven lo invadía todo.

Los tesoros de Eugenia no eran aquellos millones, cuyos intereses iban amontonándose, sino el cofrecillo de Carlos, los dos retratos colgados á la cabecera de la cama, las joyas que Grandet había revendido á su hija y que ésta había colocado orgullosamente en un coleccionillo algodónado en un cajón de su cómoda; el dedal de su tía que también había servido á su madre, y que todos los días tomaba Eugenia con religioso respeto para trabajar en su verdadero trabajo de Penélope, comenzado únicamente para poner en su dedo aquel dije de oro liso de recuerdo.

XXXVI

Cornolier, maravillado por aquella magnificencia, hablaba de su ama con lágrimas en los ojos, y se había dejado matar por ella.

La señora Cornolier, convertida en ama de llaves de Eugenia, tuvo desde entonces una equivalente